

ENSAYO ACERCA DE LOS VALORES EN EL CARTESIANISMO

DESCARTES Y SPINOZA

De Buenos Aires, República Argentina, Alfonso Reyes nos envió el trabajo de la escritora Angélica Mendoza de Montero, que reproducimos en seguida.

Por

ANGELICA MENDOZA DE MONTERO

CON Descartes aparece sistematizada una nueva concepción del mundo, acerca de la cual había trabajado todo el pensamiento filosófico desde el trecento hasta culminar en el siglo XVI. Valores científicos, artísticos y económicos se abrían paso a través de las diversas creaciones humanas que se liberaban de la cerrazón teológica medieval. Faltaba dar envergadura de sistema y rigor de método a toda esa floración dispersa que echaba sus raíces en los sueños fantásticos de los alquimistas (1) y en las soluciones utópicas (2) a las contradicciones, que se hacían patentes en un orden en disolución, pero henchido de formas nuevas que pugnaban por expresarse.

Desde Paracelso a Copérnico y Galileo; desde Bruno (3) y Campanella a Bacon, (4) los límites del pensar filosófico se abren en una perspectiva inusitada, despojándose de la resonancia estética de las "ocultas energías psíquicas", del "alma del mundo", para desembocar en el novísimo ámbito, claro y distinto, de la interpretación del universo con un enfoque matemático. El hombre se descubre como ser apto para co-

nocer el mundo sin ayuda de ninguna potencia trascendente. El universo "está escrito en lenguaje matemático" (Galileo) y el hombre se apresta a leerlo y explicarlo partiendo desde sí a la clara lumbre de su razón.

La realidad es a partir del hombre; lo social, lo mundano se realiza por obra del hombre y de cada hombre. El ser humano, como un nuevo Atlante, da vuelta al cosmos y aparece soportándolo desde sí. Esta actitud frente a la total realidad, entraña, por lo tanto, una distinta concepción y valoración del hombre. Un ser nuevo nace a la historia del pensamiento, como proyección ideal de la ya viviente y palpitante verdad que se da en el florecer de los burgos y en el surgir de los Estados.

Con Descartes, el conocer y el obrar en el mundo se afirman en el propio ser humano. El hombre cartesiano es un individuo nuevo en la historia del pensar filosófico, estructurado en la autonomía espiritual como valor supremo, que hace posible la perfección a partir de sí. Pero, su actitud esencial no es sólo contemplativa sino que deviene activa; ahondando en el "cogito" el hombre sabe de sí, se conduce a sí mismo y desde sí parte para modificar el mundo donde ha de morar.

La nueva estimación humana se plasma en la reflexión vital que a través del "Discours de la methode", de "Les passions de l'ame" y de su correspondencia hace Descartes; más aún, su interpretación de la realidad no sería válida con un hombre pasivo y transeunte en la tierra, sino con un ser valioso en sí y para sí, que hiciera posible el conocer y el manipular eficaz de las cosas naturales, a fin de perseverar con autonomía en su existencia.

(1) Ver "Historia de las teorías biológicas" de Radl, edición Rev. de Occidente.

(2) Ver "Utopia", de Thomas Morus, editada entre el 1516 y el 1518, y "Della città del sole", de Tomasso Campanella, publicada después de la muerte del autor en 1643. Como interpretación moderna y acertada, consultar para Morus "L'essor de la philosophie politique au XVI siècle", de Pierre Mesnard. París.

(3) "Dialoghi metafisici" de Giordano Bruno con notas de G. Gentile. Sobre la influencia de Bruno en sus sucesores, ver "L'analisi dell'uomo e la intuizione della natura dal rinascimento", de Dilthey.

(4) "La dignité et l'accroissement des sciences".—Fr. Bacon. Obra editada en latín en 1623.

El espectáculo dinámico que diera Holanda a la orgullosa soledad de Descartes con la titánica y renovada lucha entre el hombre y el mar, la fuerza ciega y la claridad de la razón, los descubrimientos de nuevas tierras, culturas y riquezas en mundos insospechados, la derrota práctica de los viejos confines geográficos, constituyen el ámbito que alberga la soberbia seguridad sobre el poderío del hombre.

Para Descartes las cosas son sólo "res extensa" que poseen una realidad objetiva, y están fuera del hombre en un orden impuesto; pero, ese hombre tiene una posibilidad nueva: romper la "fatalidad" de las leyes naturales, conociéndolas para utilizarlas en su provecho; subvertir el orden natural imponiéndole las exigencias de su nuevo orden humano, no por medio de un saber escolástico sino de una práctica, de un eficaz modo de actuar que le permitan convertirse en "dueño y poseedor de la naturaleza". ("Discours de la methode", VI).

Pero la pretensión cartesiana va más allá; la nueva dignidad humana que se adueña de las cosas y capta su inteligibilidad para "hacer" su mundo, es superada, traspasada por el contenido del "hacer" ético, plasmado en el conocer. En tanto el hombre se va haciendo poseedor del mundo, se torna también hacia sus propios y entrañables fines: perseverar en su existencia, perfeccionándola y alcanzando con la virtud a la Sabiduría. Ser dueño de sí aclarando el fondo irracional con la lumbrera eterna de la razón; irse creando, forjando y puliendo con la dignidad de un artesano y el goce de un artista. El hombre en tanto ser natural puede cuidar y persistir en su vida; pero en tanto pensamiento debe pulsarse y proyectarse hacia el reino del puro obrar ético, en el goce inteligible de su libertad. A partir de sí puede hilar su existencia, crear su tiempo venidero, su porvenir, en un proceso de superación y perfeccionamiento. La perfección no mora en un mundo ideal trascendente sino que, en tanto idea de Dios ínsita en su alma, puede devanarla día a día bajo la luz clara y distinta del lumen natural. La valoración de la vida humana, es pues, immanente a su condición (5) de criatura de Dios pero, librada en el mundo a su propia suerte. El destino del hombre se fragua en la construcción de "su mundo" y en el hacer de su vida, su sueño no es estoico sino mo-

derno y su actitud no es estética sino científica. La belleza y perfección del mecanismo universal que conmovían al hombre antiguo, sumergiéndolo en la contemplación; (6) el recogimiento ante un orden eterno en donde "es puesto" el individuo, desaparecen para dar paso a una obra de creación y de transformación de la realidad a fin de hallar la "razón" oculta, hacerla inteligible y aprovecharla en beneficio de la existencia, y de la perfección del hombre.

Perfección y sabiduría se logran en la práctica de las virtudes, en el recto obrar, en el acto bien concluido en un esfuerzo constante y orientado hacia un bien, que el conocimiento presenta como posible. La acción bien cumplida, adecuada al conocimiento de la verdad, es virtuosa. Entendimiento recto y voluntad firme y constante en la ejecución de lo que se juzga lo mejor, constituyen la esencia del obrar. Todo acto tiene pues, un sentido ético y está pleno de contenido valorativo, que se da, no en base únicamente de la buena intención, sino de su cabal conocimiento y ejecución. Apuntar hacia un bien no basta para la actitud virtuosa, pues se agota en el conocer y el intentar; es necesario llevar a término, con decisión y coraje, lo resuelto en la deliberación. Y, luego, no arrepentirse de lo que libre y conscientemente ha sido cumplido como lo mejor, aunque una posterior reflexión lo juzgue mal. "Il me semble aussi qu'on n'point sujet de se repentir lorsqu'on a fait ce qu'on a jugé etre le meilleur au temps qu'on a du se résoudre a l'exécution, encore que par apres, y repensant avec plus de loisir on juge avoir failli; mais on devrais plutot se repentir si on avait fait quelque chose contre sa conscience, etc." (Carta XXII de Descartes a la Princesa Elisabeth, 6 octubre 1645).

Una nueva jerarquía de valores se afirma en esa concepción cartesiana, son los valores de "un hombre moderno" que exigen un individuo que tenga conciencia de su responsabilidad y de su poder para realizar "su nuevo orden" en el mundo. Coraje y decisión, (7) son las coordenadas éticas que han regulado trescientos años de orden racional y burgués. Una fe lúcida en sus posibilidades orienta la vigencia de esos valores en la vida humana hacia fuera y hacia dentro de sí.

La existencia integral del hombre en la medida que se identifica con el obrar virtuoso, apun-

(6) Cicerón. "Somnium Scipionis", última parte del VI libro "De Republica". VI, VII, VIII y IX.

(7) Descartes, "Traité des Passions", Troisième partie. Des passions particulieres, Art. "L'irrésolution" y "Le courage et la hardiesse". Asimismo, la carta XIV a la P. Elisabeth.

(5) Sobre este nuevo sentido del valor del hombre en Descartes, ver la obra de Laberthonniere, "Etudes sur Descartes". Tomo I, Cap. VI. "La nature et la vie humaine", subcap. "La valeur de la vie humaine". Obra publicada bajo la dirección de Louis Canet. París, 1935.

ta hacia la conquista de la vida beata, en la acción y en la contemplación. (8) Su fin último, como el de cada acto virtuoso, es el verdadero Bien, (9) que no trasciende del hombre, sino que es su propio destino glorioso, y el fin de las acciones humanas: la felicidad y el contentamiento interior tendos hacia la perfección en la sabiduría, que está al alcance de los que en su plenitud cumplen sus deseos reglados por la razón. (10)

En Descartes se da pues, una idea del Bien como un deber ser, objetiva, esencial, perfección total que puede ser comparada con la "ligne droite, qui est unique entre une infinité de courbes, auxquelles on compare les maux". (Carta XXVII a la Princ. Elisabeth). Esa idea del Bien se refleja en el hacer virtuoso de la existencia; se confunde con el vivir cuando el hombre logra el reino de la libertad, en la perfección y señorío de sí. No está por encima de lo humano, inmovible y en sí; es un deber ser perenne, inacabable, que se va ahincando en el quehacer cotidiano. Por eso el destino del hombre no es tenebroso sino luminoso; su perfección no trasciende de él como la participación en una gracia suprapersonal, sino que asciende de sí, de la hondura de su yo. Pero, Descartes no abandona al hombre en la pura perspectiva del verdadero Bien, de la Sabiduría; crea los instrumentos para convertir en un "ser" práctico, al "deber ser" que va enhebrando los actos virtuosos. Plantea, entonces, una serie de bienes como medios instrumentales para fines prácticos que estimulan al hombre y lo aligeran de la carga menuda de sus fallas cotidianas. Son bienes existenciales, subjetivos, juzgados en función de la vida humana, válidos para este "más acá"; su concepción es pues, auténticamente moderna. Así, son considerados bienes, las cosas que proporcionan goces, honores, comodidades, provecho; males, las que provocan molestia, fatigas, peligros, pérdidas de tiempo, amarguras, etc. Pero, aun aquellos males que dependen del hombre pueden ser convertidos en bienes "sabiéndolos usar"; así como el "bien vivir" es un "saber vivir". (11) La actitud estimativa es tomada en base al conocimiento y a partir del hombre.

(8) Séneca, "De vita beata". Comentando esta obra, Descartes hace su definición de la beatitud. Carta XIV. Id.

(9) Zenón y los estoicos es la fuente que proporciona a Descartes este sentido del Bien.

(10) Descartes, Carta XIV a la princesa Elisabeth.

(11) Laberthonniere en su obra "Etudes sur Descartes", en el Tomo I. Cap. IV. Parte II. Cap. IV.

Siendo el ser humano el centro del mundo depende de él ampliar el círculo de los bienes, pues, sabiendo valorar qué cosas están fuera de su poder y de su libre arbitrio, reduce el ámbito de sus dificultades, alcanza el goce de otras que caen bajo su dominio y racionaliza el uso de sus ventajas: "Or ce qui m'a fait dire en ce dernier sens qu'il y a toujours plus de bien que de maux en cette vie, c'est le peu d'état que je crois que nous devons faire de toutes les choses qui sont hors de nous, et qui ne dépendent point de notre libre arbitre, a comparaison de celles qui en dépendent, lesquelles nous pouvons rendre bonnes lorsque nous en savons bien user..." (Carta XXVII a la Princesa Elisabeth). El verdadero oficio de la razón es el de examinar el justo valor de todos los bienes.

Pero los bienes del cuerpo son distintos que los del alma, pues, estando el cuerpo sujeto al cambio constante y dependiendo de esto su conservación, todos sus goces duran y son válidos sólo en el momento que se los recibe y desaparecen en cuanto ya no son útiles; en cambio los del alma pueden ser inmortales como ella, siempre que tengan un fundamento "tan sólido que ni el conocimiento de la verdad, ni alguna falsa persuasión lo destruya". (Carta XXVII a la Princesa Elisabeth).

La naturalidad de la existencia del hombre, en tanto vida del cuerpo, es para Descartes una categoría valiosa. Así la salud, que es "el primer bien y el fundamento de todos los otros bienes de esta vida", (12) alcanza una estimación nueva y un sentido distinto al medieval, ya que el cuerpo es el campo de acción del alma para colocar a las pasiones bajo el señorío de la razón, y la expansión y duración del hombre sobre la tierra no dependen de Dios, sino sólo del ser humano. Todas las perfecciones, tanto del cuerpo como del alma, pueden entonces, ser adquiridas por un esfuerzo personal y la dirección racional de la existencia no "consiste nada más, que en examinar y considerar sin pasión el valor de todas las perfecciones". (Carta XVIII).

(12) "Ce qui n'est pas seulement à désirer pour l'invention d'une infinité d'artifices, qui feraient qu'on jouirait sans aucune peine des fruits de la terre y de toutes les commodités qui s'y trouvent, mais principalement aussi pour la conservation de la santé, laquelle est sans doute le premier bien et le fondement de tous les autres biens de cette vie; car même l'esprit dépend si fort du tempérament et de la disposition des organes du corps, que, s'il est possible de trouver quelque moyen qui rende communément les hommes plus sages et plus habiles qu'ils n'ont été jusqu'ici, je crois que c'est dans la médecine qu'on doit le chercher". Descartes, Discours de la Méthode, sixième partie.

Nada hay despreciable en la vida del hombre cartesiano, a no ser el vivir huérfano de la luz natural. La salud y la enfermedad no son en sí ni bienes ni males, sino hechos naturales a los que hay que conocer en sus leyes. Siendo la obra del hombre, una vida moral en un cuerpo sano, es un bien siempre que sea racional; atentar contra ella es padecer de un tremendo error del entendimiento.

En la estimación de la existencia sana y prolongada como un valor máximo, en el amor a la vida y el repudio a la muerte, se expresa en Descartes la resonancia renacentista de la veneración estética del cuerpo y la afirmación optimista de un nuevo orden humano que irrumpía en la historia despojado de supervivencias teológicas.

En Descartes, bien y conocimiento se condicionan. Para que la virtud no se engañe, es decir, que la voluntad de hacer el bien conduzca al mal por error, es necesario conocer al bien por el recto uso de la razón. Estar en el bien y en la verdad, es la tarea de cada hombre que aspira con la práctica de la virtud y el conocimiento verdadero, a unirse a los "verdaderos" bienes y lograr la satisfacción de espíritu que sigue a esa adquisición. El camino de perfeccionamiento que sigue el hombre sintiéndose dueño de las pasiones, animado de un espíritu esforzado y generoso, afirmado en la grandeza de su alma, decidido a no aspirar a nada que esté fuera de su libre albedrío, conduce al máximo valor, a un modelo de vida humana. Entonces, el hombre semeja a Dios en pleno señorío de sí y de las cosas del mundo. Su fin se ha desplazado de la trascendencia de lo infinito y ha regresado a la inmanencia valiosa de su existencia, cuya concepción debe perdurar y ser válida para todos los tiempos, merced a su contenido racional. Autónoma frente a Dios y fuera de la historia.

El mundo de los valores no se agota en el hombre en sí; el labrar la vida con prolijidad y dignidad artesana no apunta únicamente a la satisfacción y estima de sí sino al amor y aprecio de los demás. El hombre vale como parte de un todo; (13) la solidaridad no sólo es necesaria por el placer moral que depara el coparticipar en el dolor ajeno, sino que, como simpatía activa obra directamente en beneficio de los demás hombres, haciendo posible la convivencia. El supremo valor social es el heroísmo civil por

(1) "... on doit toutefois penser qu'on ne saurait subsister seul, et qu'on est en effet l'une des parties de l'univers, et plus particulièrement encore l'une des parties de cette terre, l'une des parties de cet état, de cette société, de cette famille..." Descartes, Carta XX a la Princesa Elisabeth.

los demás hombres; es la entrega al interés del todo superando al interés individual, siempre que racionalmente esa actitud sea beneficiosa. En esto, como en toda su actitud frente a la realidad, Descartes recomienda la "medida y la discreción", "car on aurait tort de s'exposer a un grand mal pour procurer seulement un petit bien a ses parents ou a son pays; et si un homme vaut plus lui seul que tout le reste de sa ville, il n'aurait pas raison de se vouloir perdre pour la sauver". (Carta XX a la Princesa Elisabeth).

Descartes designa *Generosidad* a ese valor social que hace que el hombre accione en vista al bien común considerándose parte de un todo, Estado o familia, y sienta "plaisir a faire du bien a tout le monde, et meme on ne craint pas d'exposer sa vie pour le service d'autrui lorsque l'occasion s'en présente; jusque la qu'on voudrait aussi perdre son ame, s'il se pouvait, pour sauver les autres; en sorte que cette considération est la source et l'origine de toutes les plus heroiques actions que fassent les hommes". (Carta XX).

El monarca mismo, a pesar de la condición despótica y absolutista que le confiere Descartes, debe orientar su política en la generosidad. (14) La crueldad, la tiranía, la hipocresía, el disimulo, la falsía en los tratados no deben ser normas de un gobernante "ilustrado"; y si bien su política es de dominación, debe ser ejercida con equidad y honradez.

Los valores en la concepción cartesiana se fraguan en la existencia humana; no constituyen pues, un sistema de ideales suprapersonales hacia los cuales mira el hombre en su tránsito terreno; sino que son el producto de la razón humana, elaborados en el hacer en el mundo y entre los demás hombres. Van siendo en el ser y hacer del hombre. La raíz de esa valoración se enraiza con el momento histórico en que el ordenamiento feudal resulta impotente para frenar y regir las nuevas fuerzas sociales maduras desde el siglo XIII al XVI. (15)

El ámbito de los valores cartesianos se cierra en el hombre, porque sólo es valiosa y perfeccionable la "res cogitans", el substractum espiritual del ser humano. Más allá de él, yace pasiva la "res extensa", inerte e indivisible masa corpórea para la cual no son válidos los juicios es-

(14) Pierre Mesnard, en sus "Essai sur la morale de Descartes", dedica el Cap. III a la "Generosité cartésienne", destacando su condición de virtud capital en la interpretación de Descartes.

(15) Dilthey en su obra "L'analisi dell'uomo e la intuizione della natura dal rinascimento", Cap. I, 21, "Le forze nuove..."

téticos, la admiración y el sentimiento de lo sublime, sino que vale en función de las necesidades humanas. Materia identificada a espacio, organizada y diferenciada en individualidades gracias al movimiento. El ser de las cosas y el movimiento regidos y ordenados por la mecánica y la cuantificación.

En Descartes parece el sueño Bruniano del "alma del mundo" dispersa en el cosmos; la fantasía del "archeus" de Paracelso y la recóndita armonía de las esferas en el pathos de la Stoa. Sólo subsiste una masa corpórea sin cualidades en sí, sin fuerzas ocultas, sin vida específica y sometida al dominio de la causalidad y necesidad rigurosa. La naturaleza es "el orden y regularidad del suceder" (16) y sólo vale como campo de acción del hombre para realizar aquí "abajo" su destino. Su estimación depende de la utilidad que pueda obtenerse de ella, arrancándole sus secretos haciéndolos inteligibles para transformarlos en bienes instrumentales que prolonguen la vida y afirmen el bienestar del hombre. El aporte cartesiano para una nueva concepción del ser humano y de la realidad, recibe con la estructura panteísta del sistema racional de Spinoza una caudalosa corriente de impulso profundamente estético. (17) Tanto en Descartes como en Spinoza, el fundamento esencial del inmanente contenido valorativo de sus posiciones metafísicas, descansa en la vida, considerada no en tanto sólo naturalidad, sino en cuanto que hacer racional y consciente del hombre, ajeno a la historia; y en ambos, lo más valioso de esa vida, es afirmarse por el recto obrar y el vivir gozoso, identificando acción racional, esto es, conforme a la naturaleza y virtud. (18) Pero, en Descartes el vivir del hombre se da y se realiza en un volverse hacia el mundo de las cosas desde la evidencia inicial del "cogito"; y en Spinoza el hombre construye su verdadera vida recogido en sí mismo, en un escrutar cotidiano y valeroso de los meandros de la humana condición, subsumida en

(16) "... car par la, nature considérée en général, je n'entends maintenant autre chose que Dieu même, ou bien l'ordre et la disposition que Dieu a établie dans les choses créées..." Méditation sixième. Descartes.

(17) De los filósofos del Renacimiento recibió Spinoza ese influjo estético. Ver el estudio de Dilthey en "L'analisi dell'uomo e la intuizione della natura dal rinascimento al secolo XVIII", el Cap. "Giordano Bruno e Spinoza". Tomo II, pág. 66.

(18) "Per virtutem et potentiam idem intelligo: hoc est (Prop. 7, p. III) virtus, quatenus ad hominem refertur, est ipsa hominis essentia seu natura, quatenus protestatem habet quaedam efficiendi, quae per solas insuis naturae leges possunt intelligi". Def. VIII, Pars. IV. Ethica, Spinoza.

los atributos de la sustancia infinita y perfecta.

Spinoza elabora su "Ética" en el mecanismo puro del racionalismo—en el que todo es un necesario suceder y un matemático realizarse—en una tensión panteísta que traspasa al esquema cartesiano. La valoración irrumpe en el dintel de la "Ética", como una previa toma de posición; su profunda raigambre que cohesiona todo el sistema reside en una inmanente concepción de valor, en el elemento estético que le llega del Renacimiento y que expresa en la parte I de la Ética, Proposición IX: "A proporción de la realidad o del ser que posee cada cosa, le pertenece un número mayor de atributos". (19)

Desde la infinidad de la sustancia eterna hasta la temporalidad de un acto humano, se desenvuelve una gradación de valores identificada con el principio de la propia conservación y de la persistencia en el ser. La valoración es de una inmanencia rigurosa por el puro ser de las cosas creadas con perfección soberana (Prop. XXXIII, Scholium II, Pars I, Ethica), y está enraizada en la eterna necesidad y suprema perfección de la realidad: "Por realidad y perfección entiendo la misma cosa". (20)

El despliegue de la causa única, Dios, en la efectucción de los modos singulares implica una divinización cósmica (21) que va a adentrarse hasta la compleja vida del hombre. La disolución de lo divino es ajena a una teleología trascendente, sólo es mera necesidad. Pero a partir de esa participación necesaria con lo divino, brota de los modos del pensamiento una fervorosa aspiración para alcanzar la plenitud, en la identificación con lo absoluto.

Un puro elemento estético anima esa identidad de perfección y realidad. Pero, la sustancia, causa única, no es perfecta por su despliegue en el universo, sino porque su manifestarse en las cosas y seres se realiza necesaria y lógicamente; por lo tanto, el universo no es perfecto por una voluntad trascendente sino por el encadenamiento matemático y determinado de las modalidades de la sustancia.

Lo absoluto se explica dentro de la conexión de los atributos y del pensamiento y de la extensión y de los modos singulares. La faz del uni-

(19) "Quo plus realitatis aut esse unaquoque res habet, eo plura attributa ipsi competunt".

(20) "Per realitatem et perfectionem idem intelligo", Def. VI, Pars II, Ethica, Spinoza.

(21) Concepción semejante a la de Nicolás de Cusa, para quien el Universo es la "explicatio" y también la "appartio Dei". "De docta ignorantia" y "De visione Dei", de Nicolás de Cusa.

verso revela la perfección de la Idea del universo, en un paralelismo consecuente. El orden de la naturaleza es eterno; en tanto expresión de la necesidad atemporal; su razón de ser reside en el hecho mismo de realizarse. Pero, no es un mero y ciego determinismo, pues un hondo contenido valorativo se cumple en ese arrancar de la sustancia infinita descendiendo a los modos, seres y cosas, para luego, en un esfuerzo liberador elevarse hacia la pura beatitud del ser. La suprema categoría de la realidad consiste entonces, en la máxima plenitud del ser, en la potencia de obrar, devenir en acto, existir para sí y para un otro. El primado de la acción se afirma como un imperativo en la esencia misma del hombre: "Nadie puede desear poseer la beatitud, obrar bien y vivir bien, sin desear al propio tiempo ser, obrar y vivir, es decir, existir en acto". (22)

El punto de arranque hacia la perfección se ahinca en el hombre, nudo existencial, en donde se entrelazan los sordos deseos, las pasiones desatadas en plena irracionalidad. El Bien máximo reside en el propio vivir, ínsito en la parte eterna de la naturaleza humana, "sub specie quadam aeternitatis"; la Felicidad es, entonces, la persistencia en el ser, y el fundamento de la Virtud es el esfuerzo que realiza el hombre para obrar según las leyes de su propia naturaleza. (23)

La vida logra, con la inmanencia de un supremo valor, una resonancia metafísica; esa máxima estimación existencial se cumple en la acción, en el obrar frente al mundo y con los demás hombres, a la vez que el ser humano se recoge en su mis- midad en la pura contemplación y consabimiento del alma. En esta esfera, Spinoza supera el sentido cartesiano de la existencia humana al equilibrar en una síntesis superior, la vida activa y la contemplativa.

La vida ética consiste, pues, en un auto desenvolverse las potencias inmanentes a la naturaleza del hombre; en la posibilidad de la dignificación de la existencia como una obra personal, bajo la luz de entendimiento. Para cumplirla, el hombre no pide apoyo a un trasmundo; tal como en la concepción de Descartes, brota de la entraña misma de su condición, la pura y limpia vertedera de la Beatitud. Por eso los valores de la existencia virtuosa no trascienden al hombre ni son alcanzados en función de una causa final.

La vía de perfección constituye en la "Ética"

(22) "Nemo potest cupire beatum esse, bene agere, et bene vivere, qui simul non cupiat esse, agere et vivere. hoc est, actu existere". Prop. XXI, Pars. IV, Ethica.

(23) Scholium, Prop. XVIII, Pars IV. Ethica.

de Spinoza, un despliegue gnoseológico que se abre en la entrañable vida humana con el obrar virtuoso. El valor reside en la acción que es a la vez un modo de conocer: "Voluntas et intellectus unum et idem sunt". (Corollarium, Pro. XLIX, Pars II. Ethica).

El alma del hombre, modo del atributo del pensamiento, tiene como esencia al conocimiento, el cual se manifiesta en el obrar. La perfección es un conocer pleno y un revelarse en acto de la intuitiva del hombre. No es "gracia" concedida ni redención alcanzada ni salvación misericordiosa; es un quehacer humano al alcance de todos los que viven conforme a la "lex naturae", y cumplen sus actos en el ámbito del amor y de la piedad.

Como en Descartes, el hombre virtuoso no renuncia a la vida; se afirma en ella y la realiza conviviendo con los demás; en su autonomía, es un hombre distinto de aquel que se pierde en su soledad y se refugia en el apoyo de la divinidad trascendente. La Virtud es un laborar humano, que se sigue del orden de la naturaleza y significa un triunfo sobre la muerte. La Beatitud se alcanza con una vida valerosa y recta, saturada del júbilo de vivir y de la satisfacción de realizarse en el mundo y para el mundo. La Felicidad es un acto de conocimiento, la plena conciencia de sí, el consabimiento de Dios en el alma.

La vida del hombre, como un devenir de perfeccionamiento, se desenvuelve a través de los tres grados del conocer: la Imaginación, la Razón y el conocimiento intuitivo.

Oscura, contradictoria y mezquina bajo el dominio de los prejuicios creados por la Imaginación; recta y generosa bajo el gobierno "claro y distinto de la Razón"; perfecta y beata en el puro goce del conocimiento intuitivo, en el reino de la libertad y en el logro del destino del hombre.

En el ir y venir de su existencia el hombre se va salvando en un penoso camino hacia la luz, que lleva consigo, pero que ignora. Se debate bajo el dominio de la Imaginación, que es su modo primario de conocimiento, frente a la naturaleza y a sí mismo; y en el trato con los demás hombres, en la Sociedad Civil, no sabe conducirse racionalmente, pues sometido a sus pasiones, la enemistad y la desunión son sus normas sociales, desconociendo que lo más útil a un hombre es otro hombre: "hominem homini Deum esse". (Scholium, Prop. XXXV, Pars IV.)

Dominado por la imaginación no alcanza a conocer la verdadera naturaleza de las cosas y su-

planta su realidad por su fantasía. El hombre forja sus ficciones de acuerdo a su compleción y juzga en función de su placer y conveniencia. Crea sus opiniones y prejuicios—que son estimaciones, juicios de valor—en función de su ignorancia y de sus fines personales. El Bien y el Mal, la Belleza y la Fealdad, la Perfección y la Imperfección son nociones o modos de pensar formados en la comparación de las cosas y esos fines. Impregna a la naturaleza de valores subjetivos y entonces, la concibe dentro de un orden y armonía pres-establecida y acomodada a sus conveniencias. (Apéndice, Prop. XXXVI, Par. I y Prefacio Par. IV). En ese valorar subjetivo el hombre toma a la Imaginación por Entendimiento; vive en la servidumbre del error y de las pasiones, sujeto a las causas interiores y exteriores que desconoce.

Pero, la parte eterna de sí mismo, el Entendimiento, lo impele hacia el verdadero conocimiento de su alma y de las cosas hasta lograr la perfección. A la luz de la Razón el hombre descubre un claro camino libertador. Se libra del error rechazando el señorío de la Imaginación y aprendiendo a valorar racionalmente los seres y los actos según las causas que los condicionan, por el conocimiento claro y distinto y las ideas adecuadas a las cosas. De las pasiones se libera, gobernándolas, mediante el saber de sus causas y por el deseo que nace del conocer verdadero de lo bueno y de lo malo, no en tanto es verdadero sino en cuanto es afección. (*Vera boni et mali cognitio, quatenus vera, nullum affectum coercere potest, sed tantum quatenus ut affectus consideratur*). (Prop. XIV, Pars IV).

El ámbito de la existencia se ilumina y se esclarece; de siervo, el hombre deviene libre y su sabiduría es una meditación, no acerca de la muerte, sino de la vida: "Homo liber de nulla re minus quam de morte cogitat; et ejus sapientia non mortis sed vitae meditatio est". (Prop. LXVII, Pars, IV). Su libertad se realiza sólo en la convivencia con los demás hombres; bajo el mandato de la Razón busca su propia utilidad y la de los otros sintiéndose libre, porque vive conforme al decreto común, esforzándose en hacer el bien y mantenerse gozoso, venciendo a los corazones por la Firmeza de Alma y la Generosidad. En el transcurrir de este momento valorativo, la perfección trasciende al hombre porque se desconoce a sí mismo.

El instante ascensional se inicia en su existencia con el redescubrimiento esencial de su mismidad, con la conquista del contenido interior, que

nace del conocimiento intuitivo de sí. A medida que el alma se concibe, concibe la idea de Dios. De ese saber surge el amor del alma para sí, que es amor de Dios al hombre. En tanto el alma se explicita en el consabimiento, el hombre descubre a Dios en sí y sabe que le lleva consigo. (24). Por eso, el amor del alma hacia Dios, es amor de Dios a sí mismo, amor de Dios al hombre, amor del hombre a su propia esencia infinita, imperecedera. El ser humano ya no gravita alrededor de Dios, sino de sí mismo, como fin en sí, viviendo para sí, integrado y dignificado él mismo como Dios. (25) La senda hacia su libertad consiste en destruir la trascendencia de lo divino descubriéndolo inmanente a su naturaleza, ahincado en su esencia. Pero, para lograrlo ha de poseer el conocimiento intuitivo, esencial de las cosas y de los seres; su esfuerzo para llegar a la perfección es un arrancarse al dominio de las causas exteriores, volverse a sí y en subrecogimiento descubrir la pura visión del alma, que es conocer de Dios, perfección infinita, Bien supremo. En este ámbito de optimismo ético el hombre nuevo y jubiloso sabe que el Bien y el Mal, en un sentido absoluto, desaparecen; devienen sólo una relación entre su potencia de obrar y su posibilidad de ser. La conquista de la máxima superación tiene la configuración de una curva metafísica, que surge de la eternidad de la sustancia para retornar a ella a través de las angustias e inquietudes humanas, vivificada por el anhelo infinito de realización que anima la esencia misma del universo. La vida ética, beata, pura y perfecta del hombre es, entonces, vida iluminada por el tercer género del conocimiento.

En el cauce de los tiempos modernos las dos vertederas, Descartes y Spinoza, confundieron sus aguas; el pujante fluir de la onda cartesiana dió el impulso racional, predominante y Spinoza la cálida corriente de la mismidad humana. Ambos, desde el esquematismo riguroso de la interpretación racionalmente válida y atemporal de toda la realidad, crearon un sistema de valores inmanentes a la existencia humana, que no era nada más que la proyección ideal de un nuevo modo de rea-

(24) Prop. XXX, XXXI et XXXV, Pars V. Ethica.

(25) "...ma, proprio come pui tardi farà il Kant oltreché alla razionalità del cielo stellato si dá valore, anche, alla dignità morale della natura umana. (Tusc. I, 28, 69, De Nat. Deo). La virtù, grazie alla quale l'uomo s'uguaglia a Dio, é il suggello della sua alta origine". Dilthey, "L'analisi dell'uomo e l'intuizione, etc.". Tomo I, parte I. Pág. 18.

lidad histórica. (26) Las normas y los contenidos de esa valoración están teñidos con el tono de la época; sólo el mundo moderno podía crear esa segura actitud de dominio ante las cosas y de máxima estimación de la individualidad del hombre, pero sólo en tanto guiado por la Razón e ilustrado por el conocer claro y distinto; vale decir, de sólo ciertos hombres. Tales contenidos fueron vaciados en la vida de la comunidad desatando fuerzas sociales desconocidas, ante las cuales no fueron válidas las proyecciones humanas de la actitud cartesiana ante el mundo objetivo, ni el reino de la libertad de Spinoza pudo ser logrado merced únicamente al esfuerzo aislado de cada hombre perdido en el entresijo de las angustias y de las ambiciones de un mundo fraguado en la voluntad de poderío y de dominio. (27)

(26) "Al decir aún, una palabra acerca de la teoría de cómo debe ser el mundo, la filosofía llega siempre demasiado tarde. Como pensar del mundo, surge por primera vez en el tiempo, después que la realidad ha cumplido su proceso de formación y está realizada". Prólogo de la "Filosofía del Derecho", de Hegel. Trad. A. M. M.

(27) Ver el apéndice del Tomo II de "Etudes sur Descartes", de Laberthonniere, donde considera la condición del hombre cartesiano en función de una "phisque social", supuesta por una "phisque du réel".

El fluir de los acontecimientos en el tiempo tampoco fue captado, pues la Historia carece de sentido en el ámbito de la racionalidad mecánica. La validez del "ser" y del "conocer" históricos se hace patente cuando el sueño cartesiano se desvanece en el derrumbe de la fe y del optimismo en el poder del hombre para encajar a las relaciones humanas en el molde rígido de las coordenadas matemáticas, como si los hechos del hombre se dieran de una vez y para siempre en una validez atemporal.

Al cabo de trescientos años, el pensar filosófico retoma el estado de vigilia—previo a toda estructuración de una distinta interpretación de la vida y del hombre—, y con el positivo aporte cartesiano del valor concedido a la acción en la transformación de la realidad, con la valoración ética conferida a la creación de una vida moral por un hombre autónomo, y sobre la base de un ámbito y de una sustancia históricos, elabora un nuevo mundo de valores alumbrados desde la entraña misma de una nueva condición humana.

Buenos Aires, 1937.

BOSQUEJO DEL DESARROLLO DE LA CIUDAD DE PUEBLA⁽¹⁾

Por el Ing. ENRIQUE A. CERVANTES

NECESIDADES de la época y circunstancias que para ello concurrían, de crear nuevas poblaciones de españoles, así como la perseverancia y entusiasmo del Oidor don Juan de Salmerón, dieron origen a la fundación de la Puebla de los Angeles el año de 1531. Hernando de Saavedra, Corregidor de Tlaxcala, trazó la nueva población, hizo los primeros repartimientos, edificó iglesia y algunas habitaciones destinadas a sus pobladores. Se le dió título de *Ciudad de la Puebla de los Angeles*, el 20 de marzo de 1532 y, además de otras prerrogativas, se exceptuó a sus moradores del pago de alcabalas durante 30 años. A instancias del capitán don Gonzalo Díaz de Vargas, el 20 de julio de 1538 se le concedió escudo de armas.

No obstante las dificultades, las privaciones y la incertidumbre de un porvenir risueño, la ciudad

que se fundara con unos cuantos pobladores creció rápidamente; en 1533 se construían ya los portales Oriente y Poniente de la Plaza Mayor, y en 1537 se terminaban los correspondientes a la cuadra de la Casa de Cabildo. En ese año se incorporó la ciudad y su comarca al Obispado de Tlaxcala, no obstante las numerosas gestiones y protestas que para evitarlo hiciera la Iglesia metropolitana, a la que primeramente perteneció su jurisdicción. Las numerosas demandas de solares hicieron que, seis años después de la fundación, el regidor don Alonso Valiente propusiese al Cabildo la construcción de un plano de la ciudad en donde se marcaran los solares hasta entonces re-

¹ La mayoría de los datos aquí insertos, están tomados de la obra en preparación: "Documentos inéditos para la Historia de la Ciudad de Puebla", del mismo autor.